

ROBERTO J. PAYRO  
**EL MAR DULCE**

**XX**  
**DESPUES**

A la primera impresión de horror, de cólera y de impotente desesperación sucedió a bordo de la Latina el profundo desaliento. El piloto no sabía qué resolver, fray Buenaventura lloraba como un niño, Rodrigo Rodríguez, que poco antes parecía un loco, blasfemaba mesándose los cabellos, desplomado sobre un rollo de maromas, los demás cambiaban entrecortadas frases reveladoras del deseo de huir hacia el Puerto de los Patos, de reunirse con los compañeros, de librarse de la horrible pesadilla .... Muerto Solís quedaban sin jefe capaz de mandarlos, de infundirles confianza, porque Alvarez se había mostrado sin autoridad ni energía durante todo el viaje, y no reaccionaba tampoco en tan difícil situación. Cavilando sobre los pésimos agüeros de la partida y la llegada, confirmados con la horrenda carnicería que acababan de presenciar, temerosos de caer de desastre en desastre, algunos tomaban ya por cuenta propia la iniciativa de aparejar, cuando al ver esto y comprender que no le quedaba otro camino el piloto dió la orden de partida.

- *No hay que dejar la pelleja por llorar a los*

*muertos* – dijo un marinero que arriaba un cabo cerca de Rodrigo Rodríguez.

El asistente salió de su desesperado ensimismamiento, y con acento trágico, en el que vibraban la cólera y el horror :

- *¿ Muertos, nada más ? – exclamó –. Ojalá no digan verdad esas hogueras cuyo humo estamos viendo ...*
- *¿ Qué crees ? Acaso supones ...*
- *Mucho cánibal (Nota) hay por estas tierras, y bien podría ser que ...*
- *¡ Caníbales, dices ! – tartamudeó el otro.*
- *Sí – exclamó Rodrigo –. ¡ Han de ser caníbales ... ! ¡ Muchos indios son caníbales ! ¡ Devoran a sus enemigos, voto al Diablo que los engendró !*

Y luego, sordamente, con el ceño fruncido y los puños apretados, continuó, recapitulando :

- *En todas estas malditas Indias, que Dios confunda, del golfo de Paria abajo, en los isleos, en tierra firme, los hombres se comen a los hombres, ¡ y no los parte un rayo de Dios ! ... Se los comen, te digo, y éstos ... ¡ éstos no han de dejar de hacerlo por tratarse de nosotros !*

Fray Buenaventura había estado oyéndolos, silencioso y espantado.

- *¡ Ah, Señor ! – exclamó – ¿ Será posible que permitas semejantes monstruos sobre la tierra ? ... ¡ Dios mío ! ¡ Dios mío ! ¡ Tu santa*

*ira es terrible, Señor ! Herejía y blasfemia fué lo que dijo anoche el desgraciado capitán ... El vientre de los peces ... la vida universal ... Y ahora ... ¡ No, no lo creo, no puedo creerlo ! ... Un hombre tan cumplido, tan buen cristiano. ¡ Rodrigo delira ! Y los infelices compañeros del capitán ... Alarcón, Marquina ...*

- *¡ Paquillo ! – agregó sombríamente Rodríguez.*
- *¡ Almas de Dios ! Pero el capitán lo dijo sin pensar ... sin intención pecaminosa ... ¡ Sí ! ¡ Es un mártir ! Un mártir de la fe ... ¡ Ah, Señor ! ¿ Por qué permitiste que tu humilde siervo no compartiese su martirio ?*

Y humillándose, golpeándose el pecho, fray Buenaventura murmuró repetidas veces con las ojos llenos de lágrimas :

- *"Dómine, non sum dignus" ...*

La Latina, después de virar lentamente, navegaba ya aguas abajo, alejándose con rapidez del teatro de la matanza, sin que nadie hubiera pensado siquiera en señalarlo con una cruz para eterna memoria de la catástrofe. Y cuando pasaron frente al islote en que descansaba Martín García, nadie tuvo una mirada ni un recuerdo para él.

Rodrigo seguía maldiciendo de su suerte, de la orden que le impidió desembarcar con su amo – como si su presencia hubiera podido salvarle – y de pronto, obedeciendo a una reacción explosiva

de rabia, comenzó a gritar a sus compañeros que eran unos cobardes, que no habían de huir, que era preciso desembarcar y acabar a cuchilladas con la infame chusma traidora.

Fray Buenaventura trató de calmarle, aconsejándose la resignación ante los misteriosos designios de la Providencia, y el criado de Solís pareció escucharle más tranquilo, acatar sin rebeldía la voluntad de Dios, cuando de repente y con sarcasmo :

- *¡ Padre ! – exclamó – ¿ No decíais que los indios son mansos y bondadosos y que sólo hacen daño a sus verdugos ? ¿ No nos invitabais a tratarlos como a hermanos menores ? Reniego yo, ¡ voto al diablo !, de tales humildades y mansedumbres, y de los mandrias que defienden a esas bestias feroces !*
- *¡ Sosiega, hijo, sosiega, por los clavos del Señor ! – balbuceó el fraile atolondrado –. ¡No jures más, no blasfemes ! Dios permite a veces cosas que sobrepasan nuestro entendimiento, y él mismo murió clavado en un madero ... Además, estos indios no son como los de allá ... y ...*
- *¡ Y se comen a los cristianos, padre ! ... ¡Como llegue a tenerlos a mi alcance, malhaya, amén, si perdono a uno solo ! ... Pero oiga vuesa merced algo que quiero decirle y que importa mucho ... El capitán y sus compañeros*

*han sido asesinados, de ello no cabe duda ... Pero hay uno, padre, hay uno, que está vivo y en manos de esos bárbaros ... Yo mismo, con estos mismos ojos, ví que al infeliz Paquillo no la tomaban hombres armados, sino simples mujeres, quienes lo arrancaron de la barca y se la llevaron tierra adentro, sin hacerle daño, aunque el desdichado rapaz se defendiese como un poseído y les clavara los dientes en las carnes ...*

- *Sí ; bien me pareció ver que se lo llevaban – dijo el Capellán –. Se lo llevaban vivo, lo que significa que no pensaban en lo que tú dices.*
- *Ahora no, pero sí en engordarle, como hacen a menudo ...*
- *¿ Engordarle ? ¡ Jesús mil veces !*
- *! Pero aún es tiempo, padre, aún es tiempo ! Diga vuesamerced al piloto que desprenda un batel, y por quien soy que, con las que quieran acompañarme, o solo si es preciso, iré a salvar al muchacho ... ¡ No lo podemos desamparar !*

Alzando y volviendo hacia Rodrigo las palmas de las manos e inclinando la cabeza sobre el pecho, fray Buenaventura le hizo callar y meditó un instante.

- *En conciencia, Rodrigo, hijo –exclamó por fin–, no puedo ni aconsejarlo ni pedirlo ... La vida de los más tiene en la balanza mayor peso que la salud de uno solo ... Yo, comó tú, daría*

*sin vacilar la mía por salvar la del chico ... Pero sería sacrificio de los que quedan ... Y ¡quién sabe si Dios no quiere hacer de Paquillo su instrumento para convertir a esos salvajes ! ...*

- *Calle vuesa merced, padre, que no son estos momentos de reír ... Por mucho que haga no puedo figurarme a Paquillo evangelizador ... Poco entendía de religión, tan poco que aun por ese lado habría que salvarle el cuerpo para que pudiera salvar el alma ...*

Suspiró el fraile, aplastó con el índice una lágrima que le asomaba a los ojos y murmuró :

- *¡ Es tarde ! ... Vamos ya lejos ... Aunque no fuera así, sería la perdición de todos ... Y mira el terror de los demás ... Tampoco te seguirían, hijo, tampoco te seguirían ...*

Renegando entre dientes, convencido pero furioso, Rodrigo se alejó, y fray Buenaventura, apoyando la frente sobre la borda, lloró y rezó.

El viento, la corriente, la tranquilidad de las aguas, la diafanidad del día, todo era favorable para el trágico regreso, y la carabela bajaba gallarda y rápida hacia el Río de los Patos ...

Cuando salvó la barra y se acercó a las otras naos, desarmadas todavía, fué recibida con vítores regocijados que pronto se trocaron en exclamaciones de estupor y consternación.

Francisco de Torres, sobreponiéndose desde el primer momento a su aflicción, asumió

definitivamente el mando de la escuadrilla y ordenó que Rodrigo Alvarez quedara arrestado a bordo de La Portuguesa hasta la averiguación de los sucesos, mediante sumario y hasta el consejo de guerra, si había lugar a juicio. Como él pasara a la capitana, dió al gaviero Montes el mando provisional de la Latina.

Reunidos en consejo los oficiales, el desdichado piloto de esta última expuso entrecortadamente la espantosa catástrofe, imposible de imaginar ni impedir ...

Nadie acertó a decir palabra hasta que Francisco de Torres exclamó :

- *Lloremos y pidamos a Dios el descanso de sus almas, que es el mejor discurso ... Ninguno de nosotros ignora quién era y cuánto valía Juan Díaz de Solís, ni que es suya toda la gloria de lo que acabamos de realizar ... No he de hacer su elogio yo, su hermano y su amigo de corazón ... Diré, sí, que sin él ya nada nos queda que hacer en estas tierras. Preciso es volver a España ... Llegaremos pocos, al parecer vencidos, con las manos vacías, pese a la hazaña realizada ... No importa ... Una vez allí, nuestro único pensamiento será volver a vengar a nuestro capitán escarmentando sin piedad a estos infieles.*
- *¡ Vive Diego !* – exclamó el de Moguer, quien más feliz que Torres en ese sentido, había de

desempeñar, años después, un gran papel en la conquista del río (**Nota**) – ¿ *Por qué no escarmentarlos ahora mismo ? Con un poco de maña, menos confiados que nuestro capitán general, que, fuerza es decirlo, no tomó precauciones, somos suficientes para hacer entrada y no dejar indio vivo. ¡ Sus y a ellos ! tal es mi parecer.*

El alférez Ramírez, entretanto, joven y fogoso, apoyó calurosamente a Diego García. Los demás guardaban encarando la situación con mayor sangre fría .

- *Es muy aventurado ...* – murmuró por fin Juan de Lisboa.
- *En la capitulación, Su Alteza no ha previsto la muerte de Solís ...* – agregó Torres – *Traía instrucciones secretas, a las que él sólo podía obedecer, que él sólo podía cumplir. Ahora somos responsables únicamente de lo que ha quedado en nuestras manos, pero de ello tenemos que responder ante Su Alteza. Deseo más que cualquier otro vengar a mi hermano castigando sin piedad a sus asesinos. Pero creo que debemos volver, hoy por hoy, a España ....*
- *Tanto más cuanto que nos faltan bastimentos y el hambre nos amenazará en cuanto salgamos de aquí* – dijo Juan de Lisboa –. *No podemos llevar patos como única vitualla ...*
- *Es lo más acertado* – observó el dominico –.

*Y, por otra parte, los naturales habrán escapado ya, como acostumbran después de un golpe de mano ... No se les encontraría y los nuestros podrían caer en sus negras emboscadas. Todos debemos cuentas de nuestras vidas, primero a Dios, que condena el suicidio, luego al Rey, que necesita de sus vasallos y de sus naves ... Dejemos la venganza en manos del Señor ... Nada quitará a nuestro gran capitán la gloria de haber descubierto este Mar Dulce, que, si hay justicia en la tierra, ha de llamarse Río de Solís.*

Todos callaron y ni Diego García ni el mismo alférez Ramírez insistieron en su anterior proposición.

- *¿ Qué manda nuestro capitán ? – preguntó por fin el de Moguer – Lo que él diga eso se hará.*

Torres se puso de pie, disimulando mal su profunda emoción, pero dijo con firmeza :

- *Mando que en cuanto sea materialmente posible, aparejemos para regresar a España.*

Nadie dijo palabra, algunos asintieron con la cabeza, el de Moguer se revolvió en su asiento como si le costara acatar una disposición que, evidentemente, era de fuerza mayor.

- *Yo tomaré el mando de la escuadrilla, embarcando en la "Portuguesa", y Diego García me reemplazará como capitán de mi carabela.*

*Juan de Lisboa será mi segundo, como lo fué de Solís (Nota : lo era Rodrigo Alvarez de Cartaya), y Montes mandará por el momento la "Latina". Si hubiéramos de quedar aquí, el invierno estaría relativamente lejos aún ; para regresar a España está harto cerca y habremos de apresurarnos ... El otoño golpea ya a nuestras puertas, y según lo que ha dicho Juan de Lisboa, no tenemos bastimento ... Hay, pues, que hacerlo ; hay, también, que cruzar la línea antes del invierno, que nos sería fatal. Refrescaremos víveres donde y como se pueda, en estas aguas o en la costa del Brasil, si no hay otro remedio ... Y a zarpar cuanto antes ...*

\* \* \*

Alegre y fácil había sido la venida ; triste y arduo fué el regreso. Zarpóse en los primeros días de marzo. Las tres carabelas, de conserva, bajaron el río y surgieron en la Isla de Lobos. Iban a refrescar provisiones con lo único que la suerte les deparaba. La tripulación desembarcó sin ruido, armada de espeques, y mientras unos avanzaban por la playa para cortar la salida del río, los otros se internaron, formando semicírculo, y comenzaron la batida de los lobos marinos que, no conociendo aún a su terrible enemigo, el hombre, dormían descuidados o se desperezaban al sol en lo alto de las peñas, y a lo largo de la costa. Los anfibios, tomados por sorpresa, trataron de precipitarse al agua, saltando como elásticos y con

grotescas contorsiones, pero los que les cortaban la retirada les recibieron a golpes de espeque en el hocico, sin que les valieran para su defensa sus mugidos horrorosos y sus dentelladas al aire. Sesenta y seis cayeron, los demás escaparon dando tumbos, y una vez en el río desaparecieron para no volver.

Aquella carne aceitosa y hediendo a pescado, que nadie come sino urgido por el hambre, fué cortada en lonjas, y tendida al sol para hacer con ella algo entre cecina, y mojama, pero que tenía todo la malo de cada una de estas dos conservas. Las pieles fueron cuidadosamente estaqueadas para llevarlas a España, en calidad de botín ...

Terminadas estas faenas, que exigieron varias días, los navíos zarparon con rumbo a la isla de Santa Catalina, en cuyo Puerto de los Patos se detuvieron con la esperanza de aumentar y mejorar tan menguadas provisiones de boca. Algo, aunque poco, lograron, y Francisco de Torres embarco allí una indiecilla, pobre trofeo viviente, para ostentarlo en España. Dióse a la vela seguido por la nave de Diego García, dejando a la que antes mandó Rodrigo Alvarez, que debía reunírsele en seguida, y en la que iban el lengua-gaviero y ahora capitán Enrique Montes, el alférez Melchor Ramírez y el afligido Rodrigo Rodríguez. Pero quiso la malaventura que, al zarpar, esta carabela diese en un bajío y zozobrara con cuanto contenía, excepto los once hombres que estaban a

bordo y que se salvaron a duras penas. (**Nota**)

- *¡ Estaba de Dios que yo también quedara como Paquillo ! — exclamó Rodríguez — Ahora creo que he de volver a verle ... ? No dicen los de Santa Catalina que los naturales no matan a las mujeres ni a los chiquillos ? ...*

Francisco de Torres y Diego García, ignorando la suerte de la tercera carabela, fueron a recalar en el cabo de San Agustín. No querían volver con las manos vacías y habían convenido en burlarse de los portugueses cargando palo de tinte. La tripulación no tardó en cortar cincuenta quintales de brasil, que arrumó en las bodegas. La Latina no llegaba, algún navío del rey don Manuel podía sorprenderlos, provocar una cuestión, malquistarlos con don Fernando que les recomendó tanta prudencia ... Y se pusieron en franquía, llevando por toda fortuna aquel poco de palo de tinte, las sesenta y seis pieles de lobo y la indiecilla de Francisco de Torres ... Así volvían a España gobernada ya por el futuro emperador don Carlos (**Nota** : Don Fernando ha fallecido el 23 de enero de 1516) — más pobres que salieron, los audaces navegantes cuya esperanza de llegar cargados de tesoros, decuplicando por lo menos lo arriesgado en la expedición y dejando abierta la puerta hacia el Mar del Sur, se había desvanecido como las ligeras nieblas matutinas del *Mar Dulce* de Solís.

Seis meses duró el regreso. **Catorce** después

de su partida (**Nota** : **once** ; tuvo lugar el 8 de octubre de 1515), el 3 de septiembre de 1516, echaron el ancla en aguas españolas.

Allá en tierra americana, dormían el eterno sueño Juan Díaz de Solís, Francisco Marquina, Pedro Alarcón y **seis** marineros (**Nota** : se habla en el capítulo 19 de « **cuatro** remeros ») asesinados por los indios. En un islote del gran río descansaban los restos de Martín García. Rodrigo Rodríguez, Enrique Montes y Melchor Ramírez — de quienes vuelve a ocuparse la historia al narrar las expediciones de Sebastián Caboto y de Diego García (**Nota**) — y los ocho marineros escapados con ellos del naufragio ensayaban, a pesar suyo, la vida salvaje en Santa Catalina ...

Pero, símbolo o vaticinio, el adolescente, el tierno vástago del árbol secular, Francisco del Puerto, cautivo de los indios, quedaba a orillas del *Mar Dulce*, donde reverdecería y crecería, como tronco apenas recordado de la primera anónima rama de criollos del Río de la Plata. Realización de un sueño en forma no soñada, sus descendientes habían de ver que las pobres tierras de desengaño, escondían en realidad tesoros inagotables, más perennes que el oro y que la plata. Vinieron años de olvido y abandono. Después, en el noble río penetraron otros navegantes en otras carabelas, y Paquillo les vió llegar ; les vió llegar y les vió marcharse, burlados también, pese a su intrepidez y su esperanza. Y las tentativas, trágicas a veces, repitiéronse y fracasaron de nuevo en estas regiones hostiles,

mientras no se encontró su llave, hecha de trabajo, de tenacidad y de fe. La primera hazaña no bastó para que el río perpetuara el nombre del héroe, porque el éxito y la muerte fueron simultáneos, y la duración faltó ... Pero los grandes pueblos que en sus riberas han sabido infundir perdurable realidad a los tesoros quiméricos del descubridor, no pueden olvidar, no olvidarán a Juan Díaz de Solís, cuyo espíritu vaga todavía entre nosotros.

Roberto J. Payró

Lomas de Zamora, 9 diciembre 1927

### **Notas de Gerardo Paguro, traductor al francés.**

Guillaume CANDELA ; « *De Cannibale à Général : Représentations singulières des indiens du Rio de la Plata* » :

[https://www.academia.edu/6244557/De\\_Cannibale\\_%C3%A0\\_G%C3%A9n%C3%A9ral\\_Repr%C3%A9sentations\\_singuli%C3%A8res\\_des\\_indiens\\_du\\_Rio\\_de\\_la\\_Plata](https://www.academia.edu/6244557/De_Cannibale_%C3%A0_G%C3%A9n%C3%A9ral_Repr%C3%A9sentations_singuli%C3%A8res_des_indiens_du_Rio_de_la_Plata)

« **Enrique Montes y Melchor Ramírez** — de quienes vuelve a ocuparse la historia al narrar las expediciones de Sebastián Caboto y de Diego García (...) ». Ver, e. o. : **páginas CCLV, CCXC-CCXCII, CCCXVII-CCCXXIII, CCCXXVIII-CCCXXXI**. En el libro siguiente :

José Toribio MEDINA ; **Juan Díaz de Solís. Estudio histórico** ; Santiago de Chile, impreso en casa del autor ; 1897, CCCLII + 252 p.

(segundo libro : documentos y bibliografía).

<http://booksnow1.scholarsportal.info/ebooks/oca9/32/juandazdesol00medi/juandazdesol00medi.pdf>

« **Francisco del Puerto**, *cautivo de los indios, quedaba a orillas del Mar Dulce* » Ver, e. o. : **páginas CCCXXXII-CCCXXXIII** del libro precedente.

José Toribio MEDINA ; ***Los viajes de Diego García de Moguer al Río de la Plata***, estudio histórico ; Santiago de Chile, Imprenta Elzeviriana ; 1908, 309 p. :

<https://ia601402.us.archive.org/28/items/losviajesde00medirich/losviajesde00medirich.pdf>

### **Expedición de Solís al Río de la Plata**

---

[https://es.wikipedia.org/wiki/Expedici%C3%B3n\\_de\\_Sol%C3%ADs\\_al\\_R%C3%ADo\\_de\\_la\\_Plata](https://es.wikipedia.org/wiki/Expedici%C3%B3n_de_Sol%C3%ADs_al_R%C3%ADo_de_la_Plata)

“*El grumete Francisco del Puerto (...) permaneció en Martín García hasta el arribo de la expedición de Sebastián Caboto, cuando fue recogido.*”

José Toribio MEDINA ; ***El veneciano Sebastián Caboto al servicio de España*** (...) ; Santiago de Chile, Imprenta y Encuadernación Universitaria ; 1908, IX-634 p. (tomo I ; índice alfabético del texto ; documentos y bibliografía)

<https://ia801407.us.archive.org/35/items/elvenecianosebas01medirich/elvenecianosebas01medirich.pdf>

No hay antecedentes que permitan determinar cuántos días estuvo Caboto fondeado en la desembocadura del río, pero puede sin eso asegurarse, que como aquéllos no debieron de ser muchos, la armada tardó más de un mes en remontar esas primeras cuarenta leguas del río que los indios llamaban entonces Uruay.<sup>6</sup>

Hallábase todavía allí Caboto, cuando el 11 de Abril, á las tres de la mañana se levantó un viento tan furioso que para salvar á una de las naves hubo necesidad de cortarle el mástil principal, y el huracán hizo romper las dos amarras con que estaba asegurada la galeota, llevando á ésta á tierra cosa de un tiro de herrón, de tal modo que para poderla volver al agua fué menester valerse de «ingenios».<sup>7</sup>

Por medio de sus intérpretes supo Caboto que en el delta del Paraná, cercano del lugar en que estaba fondeado, vivía Francisco del Puerto, grumete de la armada de Solís, que había escapado de la catástrofe en que pereció su jefe. Aquél, luego que supo el arribo de la nueva armada de España, se presentó en el campamento. Confirmó á Caboto las informaciones que te-

Lázaro; pero, con excepción de la isla de Martín García, no se halla en él anotado, antes del río de San Salvador, otro punto alguno.

Debe advertirse, sin embargo, que Santa Cruz, en su deposición ante los Oficiales Reales de Sevilla, expresó que las leguas que remontaron fueron sesenta; y que Antón Falcón cuenta que llegaron «á una isla que se dice San Lázaro», (página 482) y como ésta no puede ser la de Martín García, ya que era entonces conocida con ese nombre, es de creer que la isla de San Lázaro fuese la llamada actualmente Juncal: lo que confirmaría así la hipótesis de Madero.

En oposición á todo esto se halla, sin embargo, la descripción que de esa región trae Oviedo, que la supo de boca de Santa Cruz, quien expresa al respecto lo siguiente: ... «fueron adelante una tierra é río, que llamaron de Sanct Lázaro, enfrente del cual río está una isla que se dice la Isla de Martín García». *Historia general*, tomo II, pág. 173. Según esto, se detuvieron en la actual punta de Martín Chico.

6. Ni la carta de Ramírez, ni ninguno de los otros documentos que poseemos de aquella expedición mencionan lugar geográfico alguno encontrado en el viaje aguas arriba hasta llegar á San Lázaro; pero el hecho que se designase con el nombre de San Gabriel la isla que decían estar á 30 leguas de la desembocadura del Plata, y de que se conmemore aquel arcángel el 18 de Marzo, indican claramente que Caboto pasó por esa isla aquel día, y que de eso derivó su nombre.

Cúmplenos advertir respecto á la fijación de ese día que el arcángel San Gabriel se conmemora, según unos, el 26 de Marzo, pero Bastús, en su *Nomenclatur* (página 105) establece que por concesión de la Silla Apostólica la fiesta se celebra en España el 18 de aquel mes.

Por un error de imprenta, el río Uruay aparece con el nombre de Humay en el mapa de Caboto.

7. Carta de Luis Ramírez.

Este último hecho lo recuerda Eden en los términos siguientes: «Rycharde Chauncelor tould me that he harde Sebastian Cabot reporte that (as farre as I remember) eyther about the coastes of Brasile or Rio de la Plata, his shyppe or pinnes was suddenly lyfted from the sea and cast upon the lande I wotte not howe farre». *The Decades of the New Woold*, p. 386, citado por HARRISSE, quien supone que el accidente debe haber ocurrido en la isla del Buen Abrigo. Según consta de la carta de Ramírez, se verificó en San Lázaro.

Como el herrón era un tejo de hierro que se tiraba á mano para meterlo en un clavo hincado en tierra, la galeota debió quedar sólo á unos cuantos metros de la orilla.

PUERTO (FRANCISCO DEL).—Su apellido debía ser Fernández, según parece,<sup>166</sup> y era natural del Puerto de Santa María,<sup>167</sup> de cuya circunstancia derivaba el que se le designase casi siempre con el apodo de Francisco del Puerto. Fué hallado por Caboto en una de las islas del delta del Paraná, á que dió su nombre, que «le había dejado allí Johán de Solís cuando descubrió aquel río, é se quedó en él, seyendo gurumete, é le habían criado los indios, é sabía ya la lengua dellos muy bien; el cual fué útil é asaz conveniente á los criptianos.»<sup>168</sup>

Es difícil aceptar, como hemos insinuado antes, que el grumete se quedase de su voluntad entre los indios, ni parece probable que tratándose de un niño, como debía ser entonces, Díaz de Solís se resolviese á abandonarle, siendo lo cierto que del Puerto escapó al primer ímpetu de los salvajes que asesinaron á su jefe.<sup>169</sup> El hecho es que el grumete de la expedición de 1515 fué encontrado al remontar el Río en 1527. Incorporado á la armada para que sirviese de intérprete, dió á Caboto «grandísimas nuevas de las riquezas de la tierra», con cuya noticia resolvió seguir por el Paraná arriba hasta el río que se llamaba de Carcarañá, «ques, decía Caboto, donde aquel Francisco del Puerto les había dicho que descendía de las sierras donde comenzaban las minas del oro é plata». Véase ahora como Caboto contaba lo que después ocurrió:

«. E vista esta relación, con acuerdo de los capitanes é oficiales de Su Majestad, dexó de ir aquel viaje por tierra é aderezó la galera y el bergantín y fuese en ellos con ciento é treinta hombres por el dicho río de Paraná arriba, ciento veinte leguas, fasta pasar adelante de la boca del Paraguay veinte leguas, fasta unas casas de unos chandules, que eran sus amigos, para tomar ciertos bastimentos, porque allí había abundancia dello, donde vido ciertas muestras de oro é plata que le pareció bueno, é aquellos indios que allí falló le dieron la misma relación del Paraguay que le habían dado los otros que había allí mucha riqueza; y estando allí tomando los dichos bastimentos tuvo nueva de haber venido una armada al dicho Río de Solís, por lo cual envió por la tierra á un Francisco, lengua, á que informase de los dichos chandules á certificarse si era verdad la venida de la dicha armada, el cual le dixo, tornando con respuesta, que, á lo que pudo comprender, era lá misma armada deste declarante que quedó en

166. Pedro de Morales, en su declaración, (t. II, p. 435) dice que «oyó decir á un Francisco Fernández, que era lengua, y un Enrique Montes, asimismo lengua», etc. Si no estamos equivocados, Morales aludía en aquél á Francisco del Puerto, tanto por la identidad de nombres, como porque no sabemos que hubiese otros intérpretes en la armada.

167. Oviedo, *Historia*, t. II, p. 173.

168. Id., id., id.

169. Caboto así lo dice terminantemente en su declaración de Julio de 1530: «este declarante falló un Francisco del Puerto, que habían prendido los indios cuando mataron á Solís».

Santa Catalina, aunque antes desto había dicho el dicho Francisco á un Enrique Montes, lengua, que era Cristóbal Jacques, un capitán del Rey de Portugal; é visto cómo el dicho Francisco le certificó que no era otra armada sino la suya, determinó de ir por el dicho Paraguay arriba, é subidos cuarenta leguas por él arriba, les comenzó á faltar el bastimento, é acordó con los capitanes é oficiales de enviar el bergantín adelante á que tomasen bastimentos en unas casas de chandules questaban adelante, por no verse en tanta hambre como la pasada, á los que les mandó que con la nación de los agaces que ficiesen paces por todas maneras, é porque eran aquellos en cuyo poder estaban las dichas riquezas; é los que iban en el dicho bergantín eran el tesorero Gonzalo Núñez y el contador Montoya é Miguel Rifos é obra de otras veinte é cinco personas, las cuales pasaron por los dichos agaces sin los ver, y llegaron á las casas de los dichos chandules á donde habían de tomar los dichos bastimentos, y enviaron al dicho Francisco, lengua, á las dichas casas á les decir quién eran é á qué venían, y la mañana siguiente vinieron ciertos indios á rogar al dicho Gonzalo Núñez é á la otra compañía que saliesen á tierra á comer con ellos, y les preguntaron por el dicho Francisco, porque no podían salir sin él, y los dichos indios enviaron á llamar al dicho Francisco, el cual vino, el cual les dixo que bien podían ir á comer con ellos, é así salieron veinte personas, poco más ó menos, é los indios los mataron. Quedó en el dicho bergantín Montoya, porque estaba doliente, y los indios vinieron á tomar el dicho bergantín é los flecharon, y el dicho bergantín se vino huyendo por el río abajo á donde estaba este declarante, y le dixeron lo que había acaescido, é quel dicho Francisco, lengua, había habido ciertas palabras con el dicho tesorero Gonzalo Núñez, é por esto cree este declarante quel dicho Francisco los vendió á los dichos indios; é queste declarante viendo este dicho desbarate é toda la tierra revuelta, se tornó á donde había fecho la casa, porque Enrique Montes, lengua, le certificaba que el dicho Francisco, lengua, le había dicho quel armada que había venido al Río de Solís era de Cristóbal Jacques... »<sup>170</sup>

Tal fué la venganza que el antiguo grumete tomó de la afrenta que recibiera de Núñez. Claro aparece, después de esto, que Francisco del Puerto no volvió á presentarse entre los españoles.

Conviene que el lector conozca un párrafo más de la deposición de Caboto, porque es muy probable que del Puerto anduviese mezclado en otra emboscada en que aquél estuvo á punto de caer en el río Paraguay ó en uno de sus afluentes, que desde entonces se llamó de la Traición.<sup>171</sup>

170. HARRISSE, *John and Sebastian Cabot*, p. 422. Medina, t. II, p. 159-160.

171. Con este nombre aparece, en efecto, señalado en el mapa de Caboto. Es preciso no olvi-

«...Le decían en la tierra adentro había muy gran riqueza y este declarante envió por tres partes la tierra adentro, para que se informasen dello, y en cuanto fueron se juntó este declarante con el dicho Diego García é tornaron al dicho río Paraguay con siete bergantines que habían fecho, donde un esclavo deste declarante les avisó de cierta traición que les estaba armada é que tenían concertado los chandules que estaban sobre la dicha casa y naos con los chandules de arriba, que confinan con el dicho Paraguay, que los matasen, y que así farían ellos á los de la casa y naos, y con esto se tornaron, porque vieron evidentemente la dicha traición...»<sup>172</sup>

QUINOCO (HERNÁN).—Figura como testigo en una escritura de obligación á favor de Martín de Arbolancha, extendida ante Antonio Ponce, en Sancti Spíritus, el 9 de Diciembre de 1527.

RAMÍREZ (JUAN).—Catalán, nacido en 1505. Recomendado en unión de su primo Luis por la Reina á Caboto, como «personas que nos han bien servido».<sup>173</sup> Fué por marinero<sup>174</sup> ó paje del Capitán General.<sup>175</sup> Acompañó á Caboto al Paraguay, y hallóse en el ataque á Sancti Spíritus. Fué llamado á dar su parecer en San Salvador, y regresó, por fin, con Montoya. Aparece como demandante de los armadores en 1530.

RAMÍREZ (LUIS).—Era hijo de Juan de Tordesillas. El mismo á que se refiere la recomendación de la Reina de que hablamos en el párrafo precedente. El día en que la armada partió de Santa Catalina cayó grave-

---

dar las circunstancias á que debió su nombre este río, porque desde el arcediano Barco Centenera acá, han creído algunos que se llamó de la Traición por haber dado muerte allí los indios á Díaz de Solís. Ese río habría estado situado en el territorio de los úmbús, que habitaban, según Azara, la actual provincia de Santa Fé. *Historia del Paraguay*, t. II, p. 9.

El P. Lozano creyó que Díaz de Solís había perecido á orillas de un río vecino á Montevideo, y que por eso algunos le llamaban de la Traición. (*Historia del Paraguay*, t. II, p. 3). Basta leer la declaración de Caboto para comprender que el Río de la Traición es el que él situaba en su carta en el Paraguay actual.

172. HARRISSE, obra citada, p. 423, y MEDINA, t. II, *loco citato*.

173. Real cédula de 21 de Septiembre de 1529, Documento número CII, p. 77 del tomo II. Para explicarnos la fecha de esa real cédula, y de que en ella se diga que los Ramírez debían presentarla personalmente á Caboto, hay que llegar á la conclusión de que la obtuvo algún deudo de ambos para enviárselas al Río de la Plata, y que ella se debió á la influencia del secretario Juan de Samano, protector de Ramírez.

174. «Francisco Vázquez trujo é presentó por testigos... á Juan Ramírez, marinero». Tomo II, p. 294.

175. Pareceres dados en San Salvador. El puesto asignado á Ramírez, que no podía ser más ínfimo, indica quizás, ó que el Juan Ramírez, recomendado por la Reina, no fué en la armada, ó que había dos del mismo nombre y apellido. Sin embargo, Luis Ramírez habla en su conocida carta que á Juanico «lo tuvo muy malo», con lo cual alude, sin duda alguna, á Juan Ramírez, su primo, según creemos, porque hermano suyo no era, por aquello que dice en su carta: «allá escribe á su padre».

bía quedado allí un cristiano captivo en poder de los indios de cuando habían desbaratado y muerto á Solís, el cual se llamaba Francisco del Puerto. Este, sabiendo de nuestra venida, vino luego hablar al señor Capitán General, y entre otras muchas cosas que le preguntó de la manera de la tierra y la calidad della, dió muy buena relación, y también de la gran riqueza que en ella había, diciéndole los ríos que había de subir hasta dar en la generación que tiene este metal; y porque las naos no podían pasar por el Paraná adentro, á cabsa de los muchos baxos que había, las dexó con treinta hombres de la mar para que buscasen algún buen puerto seguro do las metiesen, y también acordó Su Merced dejar en el dicho San Lázaro una persona con diez ó doce hombres para la guarda de mucha hacienda que allí quedaba, así de S. M. como de particulares, entre los cuales fui yo uno, á cabsa de no estar libre de mi enfermedad, que todavía me tenía muy fatigado. Y con toda la otra gente del armada en la galeota y carabela se recoxió el señor Capitán General para ir el Río Paraná arriba, y partió de San Lázaro á ocho días de Mayo del dicho año de 1527; y antes que Su Merced partiese, viernes de ramos, estando el tiempo muy sosegado y claro, obra de tres horas de la noche, se levantó un tiempo tan espantoso que aún los que estábamos en tierra pensamos perecer; pasaron las naos mucho peligro, y la una dellas hubo de cortar el mástel prencipal para la salvación de la dicha nao, y fué este tiempo tan temeroso que tomó la galeota que estaba en el agua con dos amarras y las quebró, y en peso, como si fuera una cosa muy liviana, la saca del agua y la echa en tierra más de un tiro de herrón, de manera que para la tornar al agua hubo menester ingenios. Así, como digo, partió deste puerto de San Lázaro el señor Capitán General, donde los que allí quedamos pasamos enfenitos trabajos de hambre, en tanta manera que no podría acabar de contarlos; mas, todavía daré aquí alguna cuenta á Vuestra Merced; y fué que, como quedamos con poco bastimento y en tierra despoblada, faltónos al mejor tiempo, de manera que nos hubimos de socorrer á la misericordia de Dios, y con hierbas del campo y nó con otra cosa nos sostuvimos mientras las hallábamos y teníamos posibilidad para ir las á buscar, que nos acontecía ir dos y tres leguas á buscar los cardos del campo y no los hallar sino en agua, á donde no los podíamos sacar; en fin, que nuestra necesidad llegó á tanto extremo, que de dos perros que allí teníamos nos convino matar el uno y comerle, y ratones los que podíamos haber, que pensábamos cuando los alcanzábamos que eran capones; y estando en esta necesidad me fué forzado, lo uno, por cumplir el mandado de la persona á quien el señor Capitán General había dexado allí; lo otro, por tener qué comer y no morir de hambre, de ir doce leguas del real en una canoa con unos indios á sus casas á resgatar carne y pescado, y en el camino se levantó un tiempo que nos tomó de noche en la mitad del río, de manera que yo hube de echar al río cuanta ropa llevaba y los indios sus pellejos, y aportamos á una isla que estaba en mitad del río, la canoa llena de agua, que fué el mayor misterio del mundo escapar.

En aquella isla estuvimos desde domingo hasta miércoles siguiente, á causa de andar todavía el río muy soberbio, que no podíamos salir, y en todo este tiempo yo ni los indios no comimos maldito sea el bocado, ni hierbas, ni otra cosa, que no la había ya: plugo á Nuestra Señora de amansar el río, y salimos y volvimos á tierra más muertos que vivos, aunque, cierto, los que allí estaban pensaron que me había perdido. Allí se nos murieron dos hombres de los que quedamos, ni sé si de hambre ó de qué: verdad es que estaban algo enfermos, y así pasamos esta mala ven-

Puerto, lengua, para que se informase de los dichos indios [de] do traían el dicho metal y quién se los daba; é así fué el dicho Francisco del Puerto, lengua, é vino é la relación que trujo fué que los Chandules, que son indios desta misma generación, questán sesenta setenta leguas el Paraguay arriba, se lo daban por cuentas é por canoas que les daban, é que destas casas destes indios á las de los dichos Chandules por tierra por do ellos van hay seis jornadas, en que la mitad deste camino es todo alagunas é anegadizos.

El señor Capitán General pudiera aquí resgatar mucho oro y plata, é no lo hizo porque los indios no tuviesen pensamiento que la intención de nuestra ida era con cudicia del dicho metal é también porque pensábamos ir á la generación de los Chandules que dicho tengo; é Francisco, lengua, se informó que tenían mucho metal, porque, según los indios le decían, de las dichas caserías iban mujeres y niños fasta la dicha sierra é traían el dicho metal.

Luego el señor Capitán General puso por obra nuestra partida para subir por el dicho Paraguay á las dichas casas, pues por tierra era excusado, según la información [que] teníamos. En este puerto supo el señor Capitán General de ciertos indios cómo habían entrado ciertas naos en el Río de Solís é se habían juntado con las nuestras, lo cual el señor Capitán General ni nosotros no tuvimos en nada, porque pensábamos los indios no decirnos verdad, como en la verdad habían dicho muchas cosas que nos habían salido mentirosas; é así, salimos de este puerto el sábado de Lázaro, que fueron 28 días de Marzo, y estuvimos en él obra de 30 días.

Estos indios comen carne humana y son parientes é de la misma generación de los questán en la fortaleza de Santispritus con nosotros; é así, salidos del dicho puerto de Santana, bajamos el río de Paraná abaxo hasta dicha boca del Paraguay, á la cual llegamos postrero día del dicho mes de Marzo. En el Paraná, de Santispritus hasta la dicha Santana, hay las generaciones siguientes: Mecoretais, Camaraes, Mepenes, y entrando la dicha boca de Paraguay hasta lo que por ella anduvimos hay las que diré: Ingatus, Beayes, Conamegoals, Bereses, Tendeaes, Hogaes: éstas las que confinan con el río que nosotros íbamos, sin las de la tierra adentro, ques cosa innumerable; son de diversos lenguajes; no siembran éstos ni los de Paraná; su mantenimiento es carne y pescado, y lo más natural es pescado, porque hay tanto en el río y péscanlo ques una cosa no creedera; su arte de pescar es cuando el río está bajo, con red, mas, cuando está crecido, que á causa de se meter el pescado en los yerbazales, no se pueden aprovechar de la red, mántalo á la frecha, y esto en harta cantidad, y en esto lo puede Vuestra Merced ver que, como digo, su prencipal mantenimiento es pescados. Y así, entrados por la dicha boca del Paraguay, luego el mismo día vimos una canoa de indios, que nos dieron pescado, los cuales se decían Beoques, y así fuimos el río arriba, unas veces con viento, otras veces con toas, porque según el río hace las vueltas, no le puede servir ningún viento, sino solamente para caminar dos ó tres leguas por él, porque por fuerza es menester á remo ó á toas doblar las dichas vueltas. Luego el señor Capitán General procuró de enviar el bergantín adelante hasta que hallase la boca del río Hepetín, que en lenguaje de los indios quiere decir río barriento, é según los indios dicen viene de la sierra é que por él se acorta mucho el camino para ella, pero que no es navegable, por ser la corriente mucha. Este río viene muy barriento, según los indios dicen y nosotros vimos, que no parece sino un poco de barro desleído con agua. E luego el señor Capitán General mandó al teniente Miguel Rifos que fuese en el dicho bergantín hasta llegar á una

EL VENECIANO

# SEBASTIÁN CABOTO

AL SERVICIO

## DE ESPAÑA

Y ESPECIALMENTE DE SU PROYECTADO VIAJE  
Á LAS MOLUCAS

POR EL ESTRECHO DE MAGALLANES Y AL RECONOCIMIENTO  
DE LA COSTA DEL CONTINENTE HASTA LA GOBERNACIÓN  
DE PEDRARIAS DÁVILA

POR

**JOSÉ TORIBIO MEDINA**

Memoria presentada á la Universidad de Chile en conformidad á lo dispuesto en el artículo 22  
de la ley de 9 de Enero de 1879 sobre instrucción secundaria y superior.

TOMO I

TEXTO



SANTIAGO DE CHILE

IMPRENTA Y ENCUADERNACIÓN UNIVERSITARIA

CALLE MERCED, NÚM. 812 Á 814

MCMVIII

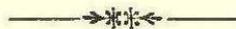


## CAPÍTULO XIV

### VIAJE Á LAS MOLUCAS

#### VII

#### CABOTO Y DIEGO GARCÍA EN EL RÍO DE SOLÍS



Llega Diego García de Moguer al Río de la Plata.—Su encuentro con Antón de Grajeda.—Comúnica éste las noticias que tenía de Caboto.—Regresa á donde estaban fondeadas sus naves y acuerda despachar á San Vicente la «Santa María del Rosario».—Con las dos restantes remonta el río hasta el puerto de San Salvador.—Su llegada á Sancti Spíritus.—Requerimiento que hace á Gregorio Caro.—Continúa su marcha aguas arriba del Paraná.—Encuétrase con Caboto.—Incidencias que median entre ambos.—Resuelven bajar juntos á Sancti Spíritus.—Parte de allí repentinamente García.—Celada que le tiende Caboto.—Ordenes que comunica á Grajeda.—Sale en seguimiento de García.—Concierto celebrado entre ambos.

**R** otro trabajo nuestro nos hemos ocupado por extenso de Diego García de Moguer, no siendo por esta causa necesario que repitamos aquí lo que acerca de su viaje al Río de Solís dejamos ya historiado, debiendo limitarnos á las incidencias que le ocurrieron en sus relaciones con Caboto.

Después de haber dado fondo en la isla de San Gabriel á mediados de Febrero de 1528, y á poco<sup>1</sup> de haber empezado la tarea de armar el

1. «E empezámoslo á hacer, é de allí luego me partí en el bergantín armado». Tales son los términos empleados por García hablando de este punto en su Relación, bastante ambiguos, como

LOS VIAJES  
DE  
**DIEGO GARCÍA DE MOGUER**  
AL  
RIO DE LA PLATA

ESTUDIO HISTÓRICO

POR

J. T. MEDINA

Miembro del Instituto Geográfico Argentino.



SANTIAGO DE CHILE  
IMPRENTA ELZEVIANA

1908

Solís, llamados Enrique Montes y Melchor Ramírez.<sup>15</sup> Y tan ansioso de verse con éstos se hallaba Caboto que en el acto despachó á uno de sus marineros para que fuese á buscarlos donde vivían.<sup>16</sup>

Luego<sup>17</sup> llegó Montes, en efecto, á ver á Caboto. Contóle cómo era que se hallaba allí desde hacía trece ó catorce años<sup>18</sup> y otras cosas, concluyendo por decirle que estaba cierto de que si fuese al Río de Solís y subiese por el Paraná arriba, «no terná en mucho» cargar sus naves de oro y plata, aunque fuesen mayores, porque el dicho río de Paraná y otros que á él vienen á dar iban á confinar con una sierra, adonde muchos indios acostumbraban ir y venir, y que en esta sierra había mucha manera de metal, que aquello no alcanzaba qué metal era, mas de cuanto ello no era cobre, é que de todos estos géneros de metal había mucha cantidad, y questa sierra atravesaba por la tierra más de docientas leguas, y en la alda della había, asimismo, muchas minas de oro é plata, y de la otra, metales».<sup>19</sup>

El mismo día, sobre tarde, llegó también á bordo Melchor Ramírez, otro de los náufragos de la armada de Díaz de Solís, que igualmente había

cuanto á quiénes fueran, sólo hemos podido descubrir los nombres del contramaestre Sebastián de Villarreal, del guardián Miguel Ginovés, que pereció después á manos de Francisco de Rojas, y del marinero Luis de León, que acompañó á Caboto al Río de Solís y regresó á España en su compañía.

15. Todos los declarantes en los procesos de Caboto hablan de la ida á bordo de estos dos últimos, pero el único que menciona á este tripulante de la «San Gabriel», cuyo nombre no hemos podido descubrir, que en realidad fué el primero en llegar á la capitana, es Luis Ramírez. Y eso también es lo natural, pues que Montes, que es el mencionado en los procesos como el que pisó primeramente la cubierta de la capitana, vivía unas doce leguas hacia el interior.

16. Así lo asegura Antón Falcón en repuesta á la pregunta de Caboto de si «sabían que en la dicha isla de Santa Catalina se hallaban dos hombres que habían ido con el capitán Juan Díaz de Solís... el uno de los cuales se llamaba Enrique Montes...» Página 377, pregunta 18. «Lo vió así pasar, declara aquél, é porque este testigo fué á buscar á Enrique Montes é le halló», etc.

17. Esta es la expresión de que se vale Luis Ramírez, sin precisar, por consiguiente, el día, Caboto, en sus dos interrogatorios, al hablar del hecho, no señala la fecha, ni tampoco ninguno de sus testigos. Quien da algún detalle al respecto es Rojas (página 208) cuando dijo que Montes y Ramírez su compañero habían llegado á bordo ocho días, más ó menos, antes que la capitana naufragase, esto es, hacia el 20 de Octubre. Debe haber sido dos ó tres días después del 20—ya que debemos dejar por lo menos ese tiempo para el viaje del emisario de Caboto y la llegada de Montes, viviendo, como vivía, cerca de doce leguas al interior.

18. Así lo dice Luis Ramírez. En realidad, estaba allí desde fines de Marzo de 1516. Véase nuestro *Juan Díaz de Solís*, tomo I, pág. CCXC.

19. Carta de Ramírez. Caboto, en su interrogatorio, pregunta novena, es más lacónico que aquél, pero concuerda en un todo con lo que Montes contó acerca de que cargaría las naves de oro y plata.

Es curioso saber lo que algunos testigos, contestando á otro interrogatorio de Caboto (página 377) refieren lo que sobre el particular les decía Montes. Antón Falcón, el primero que habló con él, oyó «cómo decía á la gente de la dicha armada que nunca hombres fueron tan bienaventurados como los de la dicha armada, por cuanto decían [Montes y Ramírez] que había tanta plata é oro en el Río de Solís que todos serían ricos, é que tan rico sería el paje como el marinero...; é que de alegría que tenía el dicho Enrique Montes cuando decía aquello... lloraba».

Bojo de Araguz «que les decía:... mira, hijos, que, cierto, se cargarán las naos del oro é de la plata».